

LA NUEVA MARSELLA

HERMANOS en la vida y en el trabajo! Hermanos
en el dolor y en todo: estrechemos las manos
y, pues marchamos todos por un mismo camino,
vamos a la conquista de nuestro gran destino!

Todos los que sufrimos debemos ser iguales.
Si todos recibimos los azotes brutales
de la maldad, si todos formamos los racimos
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos
y apretados en torno de la común bandera
saludamos la nueva, fecunda Primavera
y en esta tierra, llena de horror y de impudicia,
clavamos el augusto pendón de la justicia!

Hermanos en la vida y en el dolor! Ya es hora de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora del gran advenimiento de los días supremos de redención! Hermanos: llenos de fe, luchemos por conquistar el trozo de pan que se nos niega. Nunca! Jamás roguemos—sólo el mendigo ruega—y ante la puerta de oro de ahitos Baltasares, hermanos, escribamos el MANE-TECEL-FARES!

En esta gran catástrofe, hasta el verbo de Cristo se pierde estrangulado por la pasión...

Yo he visto allá en la lejanía de mis viejas montañas a muchos pobres hombres desgarrar las entrañas de las ásperas sierras y hundirse en lo más hondo, como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo y con el heroísmo de aquél que nada arredra a tiros y combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto, en el bochorno de aridez de la Pampa, al roto, a pecho abierto junto a la abierta rampa, hendir el vientre enorme de esa opulenta tierra que llenó de cadáveres otro tiempo la guerra; hendir aquella tierra pródiga de tesoro, y arrancarle el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto allá en los campos bajo el sol, bajo el viento
a mil desventurados soportar el tormento
de hozar la tierra propia para el ajeno grano
y en el arado ajeno rendir la propia mano!

Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas,
en ese horrible imperio de las sombras eternas,
bajar también los hombres al fondo del abismo,
gastar allí sus vidas de oprobio y heroísmo,
ser hijos de la noche, y arrojar hacia el día
el carbón redimido que es luz y es alegría.

Yo he visto allá en los bosques del sur, en la frontera,
en esa tierra heroica, como sus hombres fiera,
que nunca hollar pudieron los tercios de Castilla
y cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla;
yo he visto al indio viejo, desamparado y triste,
decir, llorando a mares, que «Arauco ya no existe»;
regar con sangre y lágrimas el sueño del terruño,
decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño,
y, ante el recuerdo horrible del último episodio,
lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

Y yo me he preguntado si son seres humanos
los que así se debaten; si son nuestros hermanos
los que así caen, como forzados de galera,
luchando para otros en plena carretera;
los que así tan cruelmente la ambición crucifica
sobre esta tierra virgen, exuberante y rica.

¡Ay! colocando encima del corazón las manos
e invocando los fueros de la justicia: hermanos!
¿no es cierto que es preciso ser en la vida un muerto
para no condolerse con nosotros? ¿no es cierto
que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida
justifica al blasfemo y enaltece al suicida!

Caín, el fatricida, blande aún en la mano
la quijada sangrienta con que mató a su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos,
no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro,
puso entre él y su crimen una muralla de oro!

Hermanos en la vida y en el dolor! La inquieta
voz de las multitudes entusiasma al poeta.
Conmuévenle las voces que suben del abismo
y por pensar en todos se olvida de sí mismo.

¡Sus versos, doloridos de la miseria humana,
van, por la noche, a veces a sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio.
Y en el vivac del hambre, junto al arroyo turbio
que se arrastra sangrando como una rota arteria
todas las podredumbres del vicio y la miseria;
con voz que la tristeza y el odio hacen sonora
murmuran de esperanza, de redención, de aurora;
ponen oído a todos los ecos de allá abajo
donde hierve la eterna tragedia del trabajo
y oyen la generosa pulsación de una raza
que se yergue y protesta, que grita y amenaza!

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.
El poeta egoísta que ante la infamia calla
y calla ante el humano dolor, es un canalla.
En las horas supremas, deben tener las lirás
los estremecimientos de las supremas iras.

El gran poeta debe tremolar su bandera
y lanzar sus estrofas por sobre la trinchera;
romper los viejos ídolos; marcar los nuevos rumbos;
salvar las marejadas de rayos y de tumbos;
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros;
alzar a los caídos; pisar por sobre escombros;
hacer vibrar las almas; mostrar expuesto el pecho
a los azotes trágicos del huracán deshecho
y en una misma ráfaga, y en un mismo delirio
marchar con sus hermanos al triunfo o al martirio!

¡Hermanos en la vida y en el dolor humanos!
Juntemos las banderas, estrechemos las manos,
y apretados en torno del común estandarte
salvemos la barrera del último baluarte.
Unámonos, hermanos! Que mi misión es esa:
cantar para vosotros la Nueva Marsellesa!